

L á b a r o

Adoración Nocturna Española
Diócesis de León

Teléfono 987 23 63 49
Apartado de correos 385 - 24080 LEÓN
www.ane-leon.es



Adorado sea el Santísimo
Sacramento.
Ave María Purísima.



BOLETÍN INFORMATIVO

AÑO LII - ÉPOCA III - FEBRERO 2013 - NÚMERO 459

SUMARIO

Sumario	1
Tema de reflexión.....	2-3
Orar con los himnos.....	4-5
Escrito está.....	6-7
Anotaciones litúrgicas	8-9
José Luis Martín Descalzo	10-11
Vigilias para el mes de febrero	12-13
Noticario de la obra	14-15
Obituario	16-17
950 aniversario de la traslación de San Isidoro.....	18-19
Revitalizar la fe	20
Catequesis papales	21-23
Estadística del mes de diciembre	24

Dep. Legajo: LE-1.277-1980

EDITA Y DIRIGE EL CONSEJO DIOCESANO DE A.N.E.
Real Colegiata Basílica de San Isidoro - Plaza de San Isidoro - LEÓN

COLABORAN EN ESTE NÚMERO

D. Francisco Rodríguez Llamazares - D. Florentino Alonso Alonso - D. Telmo Díez Villarroel - D. Luis García Gutiérrez - D. Salvador Rus Rufino - D. Guillermo García Valcarce y miembros del Consejo Diocesano.



TEMA DE REFLEXIÓN

REFLEXIONES SOBRE LA FE - V

DIOS PADRE Y CREADOR (II)

«Creemos que Dios creó el mundo según su sabiduría. Éste no es un producto de una necesidad cualquiera, de un destino ciego o del azar. Creemos que procede de la voluntad libre de Dios que ha querido hacer partícipes a las criaturas de su ser, de su sabiduría, de su bondad» (Catecismo, n. 295).

«Dios es infinitamente más grande que todas sus obras: “Su majestad es más alta que los cielos” (Sal 8, 2), “su grandeza no tiene medida” (Sal 145, 3). Pero, porque es el Creador soberano y libre, causa primera de todo lo que existe, está presente en lo más íntimo de sus criaturas: “En Él vivimos, nos movemos y somos” (Hch 17, 28)» (Catecismo, 300).

Nosotros podemos con toda verdad hacer nuestras las palabras del Salmista: «Tus manos me han formado. Tú me has pensado, me has creado y querido» (Sal 119, 73).

Esta grandeza creadora paternal de Dios y su transcendencia, a la vez que su cercanía, quedan muy bien reflejadas en la parábola del hijo pródigo, con que Nuestro Señor Jesucristo quiso introducirnos en el misterio inefable del infinito amor de Dios Padre.

En el hijo pródigo estamos reflejados todos los seres humanos. Nos apropiamos de los dones que nos regala Dios, al concedernos la vida; al hacernos partícipes de los sacramentos, en los que se nos da Él mismo; y malgastamos desaprovechando la riqueza recibida, gastando nuestra vida en obras inútiles y malas, que dejan un gran vacío en el alma.

Dios espera que regresemos a Él; que nunca se borre de nuestra conciencia la luz clara de su Paternidad. El hijo pródigo, antes de decidirse a regresar a la casa de su padre, sintió, quizá, miedo por la reacción que su padre le podría mostrar. Un cierto castigo era lógico, pero siguió adelante.

La confianza prevaleció en su corazón. «De mi padre no me puede venir nada malo», pensó, quizá, y siguió adelante en el camino de regreso. El corazón de su padre, al verlo llegar, se conmovió y lo recibió con los brazos abiertos. Así es Dios Padre; nos libera del pecado cuando le pedimos perdón, y nos acoge como solo un Padre amoroso sabe acoger a un hijo.

Ante este Dios Padre y Creador, que nos da la vida, nos perdona y nos abre las puertas de su corazón y de su vida, puede surgir una pregunta que muchos hombres se hacen, y al no encontrar la respuesta adecuada, tienen la tentación de alejarse de Dios y de cerrarse en sí mismos.

«Si Dios Padre Todopoderoso, Creador del mundo ordenado y bueno, tiene cuidado de sus criaturas, ¿por qué existe el mal? A esta respuesta tan apremiante como inevitable, tan dolorosa como misteriosa no se puede dar una respuesta simple. El conjunto de la fe cristiana constituye la respuesta a esta pregunta: la bondad de la creación, el drama del pecado, el amor paciente de Dios que sale al encuentro del hombre con sus Alianzas, con la Encarnación redentora de su Hijo, con el don del Espíritu, con la congregación de la Iglesia, con la fuerza de los sacramentos, con la llamada a una vida bienaventurada que las criaturas son invitadas a aceptar libremente, pero a la cual, también libremente, por un misterio terrible, pueden negarse o rechazar. No hay un rasgo del mensaje cristiano que no sea en parte una respuesta a la cuestión del mal» (Catecismo, 209).

El misterio del mal, al que tantos papas, tantos santos, tantos doctores de la Iglesia se han referido en sus escritos y en sus predicaciones, sólo se comprende si lo unimos al mal que sufrió Nuestro Señor Jesucristo. Viviendo con Cristo todos los males, desgracias, injusticias que nos pueden sobrevenir y que hemos de padecer, nos daremos cuenta de que ningún sufrimiento se pierde, ningún dolor es inútil, porque todos se convierten en Redención. Cristo vive con nosotros nuestros sufrimientos; y nosotros vivimos con Él su Resurrección. Y así alcanzar la vida eterna, el Cielo, sin mal alguno. Y en el Cielo, descubriremos y gozaremos del Amor Paternal y Misericordioso de Dios.

«Dios es nuestro Padre, porque Él es nuestro Creador. Cada uno de nosotros, cada hombre y cada mujer, somos un milagro de Dios, querido por Él, y conocidos personalmente por Él (...) Dios es nuestro Padre, para Él no somos seres anónimos o impersonales, sino que tenemos un nombre (...) Cada uno de nosotros puede expresar, con esta hermosa imagen, la relación personal con Dios: “Tus manos me han formado. Tú me has pensado, me has creado y querido”» (Benedicto XVI, 23-V-2012).

PARA EL DIÁLOGO Y PUESTA EN COMÚN

- Cuando vamos al Sacramento de la Reconciliación y pedimos perdón por nuestros pecados, ¿pensamos alguna vez en la alegría de Dios Padre al darnos su perdón; al acogernos de nuevo en su corazón?
- ¿Somos conscientes de que la vida eterna consiste en conocer a Dios Padre, a su Hijo Único, Jesucristo, que Él ha enviado a la tierra?
- ¿Damos gracias a Dios por habernos creado, por habernos regalado el don de la vida, que hace posible que le conozcamos y que le amemos?



Orar con los Himnos del Nuevo Testamento

Florentino Alonso Alonso



FILIPENSES 2, 6-11 (XXXII)

(Viene del mes anterior)

⁶ El cual (Cristo Jesús), siendo de condición divina,
no retuvo ávidamente el ser igual a Dios;
⁷ al contrario, se despojó de sí mismo,
tomando la condición de esclavo,
hecho semejante a los hombres.

Y así, reconocido como hombre,
por su presencia,
⁸ se humilló a sí mismo
hecho obediente hasta la muerte,
y una muerte de cruz.

⁹ Por eso Dios lo exaltó sobre todo
y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre;
¹⁰ de modo que al nombre de Jesús
toda rodilla se doble
en el cielo, en la tierra, en el abismo,
¹¹ y toda lengua proclame:
Jesucristo es Señor,
para gloria de Dios Padre.

7.4. TIPOLOGÍAS PRESENTES EN FLP 2,6-11 (VII)

En el himno de Filipenses **Cristo**, actuando por **obediencia** y de manera plenamente **voluntaria**, **despojándose de sí mismo** y **compartiendo nuestra condición** de modo radical, **se humilla hasta llegar a la muerte**. Consecuencia de esta muerte obediente será la **glorificación** que Dios realizará sobre Él. Además, la obra de “*vaciamiento de sí*” y de humillación hasta la muerte adquiere su máximo valor si quien la realiza es una Persona que existe “*en la forma de Dios*” y realiza, por tanto, un sacrificio de sí mismo asumiendo voluntariamente una condición más baja y humillante, sin necesidad alguna para sí y solamente por obediencia a Dios y por el bien de los demás. “*Se despojó de sí mismo*” no significa en ningún modo que cesó de ser Dios (sería absurdo). Por el contrario significa, como expresa de modo inteligente el Apóstol, que “*no consideró esta igualdad como algo que debía guardar celosamente*” (v. 6b), sino que “*siendo de condición divina*” (como verdadero Dios-Hijo) (v. 6a), Él asumió una naturaleza humana privada de gloria, sometida al sufrimiento y a la muerte, en la cual poder vivir la obediencia al Padre hasta el extremo sacrificio.

c) La Sabiduría personificada

Podemos encontrar en el himno de Filipenses algunos **elementos propios de la especulación sapiencial** que pueden ayudarnos a conseguir una mejor comprensión de la presentación del **Redentor encarnado**. Al respecto, puede ser útil que tengamos en cuenta las semejanzas semánticas entre *μορφή* (*forma / condición*), *εἰκῶν* (*imagen*) y *δόξα* (*gloria*) (cf. lo afirmado en los números 443-444 de esta revista, correspondientes a los meses de octubre y noviembre de 2011, sobre el término *morfh*, del versículo 6 y su posible conexión con *εἰκῶν* y *δόξα*). Sin dejar de lado lo que allí se apuntaba, en relación a *εἰκῶν*, **Flp 2,6 se podría traducir**: *El cual, existiendo en (la) imagen de Dios, no consideró la igualdad con Dios como algo para ser arrebatado/retenido (violentamente)*. Esta condición de Cristo como “imagen de Dios” tiene un paralelo en **2Cor 4,4**¹ (*Los incrédulos, cuyas mentes ha obcecado el dios de este mundo para que no vean el resplandor del Evangelio de la gloria de Cristo (δόξης τοῦ Χριστοῦ), que es imagen de Dios (εἰκῶν τοῦ θεοῦ)*) y en **Col 1,15** (*Él es imagen del Dios (εἰκῶν τοῦ θεοῦ) invisible*). La imagen no podemos tomarla aquí en el sentido de vacía representación externa; al contrario, ella hace que el objeto o persona en cuestión se halle realmente presente. Esto se ve con claridad en la expresión de **Col 2,9**, en la que, retomando la referencia a Cristo de Col 1,19, se explicita aún más su perfección: *en Él, “imagen de Dios invisible”, habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente*. De forma semejante, en Rom 8,29 la reproducción (literalmente, la *con-formación*, *συμμόρφουσις*) de la imagen de Cristo en los cristianos entra de lleno en el plan salvífico de Dios².

(Continúa el próximo mes)

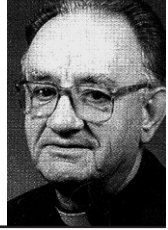
¹ Aparecen en este versículo tanto *δόξα* como *εἰκῶν* ambos en referencia a Cristo.

² En esta sección de Rom 8,28-30 se da una estrecha relación entre *imagen* y *gloria*. Ambos elementos se hallan en la predestinación de los justificados (participar de la *imagen* de Cristo y participar por consiguiente de la *gloria*).

ESCRITO ESTÁ



Telmo Díez Villarroel



¿QUÉ O QUIÉN ES EL HOMBRE?

Si me es difícil definir a Dios, no me lo es menos definir al hombre. El teólogo define a Dios como «Ens a se», el que existe por sí mismo, pero esta definición vale para él, el teólogo, pero no para el común de los mortales.

De Dios sabemos los hombres lo que Él mismo nos ha revelado, primero por una ley que llamamos natural y que llevamos escrito en lo más íntimo de nuestro ser; segundo, por boca de los profetas, que tuvieron papel de intermediarios entre Dios y los hombres a lo largo de todo el Antiguo Testamento, es decir, desde la creación del mundo hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo, y, tercero, por boca de su Hijo, encarnado y nacido de una joven Virgen, en la que Dios derramó en plenitud gracia y amor para ser digna madre del que, sin dejar de ser Dios, asumió la naturaleza humana para compartir con el hombre todo lo de éste, menos el pecado, y de esta manera llevar al hombre a la participación de todo lo divino. Esto sabemos de Dios, y no es poco. Con ello nos basta para caer de rodillas y darnos cuenta de que Él lo es todo frente a la nada que somos nosotros. El que diga que lo sabe todo de Dios, me da pena y me provoca risa. Si de las ciencias humanas decía el gran Sócrates que sólo sabía que no sabía nada, ¿qué otra cosa puede decir el hombre de Dios?

¿Y del hombre? ¿Qué sabemos del hombre? ¿Qué sé de mí mismo?

Algo me dice la revelación: también la antropología, la sicología y todas sus ciencias auxiliares que cada día profundizan en su fenomenología y nos descubren nuevas y maravillosas verdades, dejándonos la puerta abierta para seguir avanzando en tan ardua tarea. A medida que avanzan las ciencias antropológicas, biológicas, bioquímicas, psicológicas, etc., el hombre va descubriendo nuevas y más llamativas y sorprendentes verdades sobre su propia naturaleza. A tal punto ha llegado la ciencia médica en su campo, que daría la impresión de que ya queda muy

poco que escape a su capacidad investigadora. Bastaría recordar lo conseguido en el campo de la genética, de lo bioquímica, y en el portentoso y delicado proceso de la reproducción de la especie, concepción y contracepción, en la técnica quirúrgica, hasta sustituir un órgano vital por otro (corazón por corazón), como se sustituye por otra una pieza desgastada o rota de un automóvil, pongo por ejemplo.

Pero es claro que todo esto y lo que en un futuro más o menos próximo nos dé a conocer la investigación no agota, ni mucho menos, el cosmos que es cada hombre en su estructura física, psíquica y espiritual.

Del hombre, como de la luna y de otros muchos astros, soles, estrellas y planetas, sabemos que están ahí, conocemos la cara visible, el papel que desempeñan dentro del sistema que le es propio, pero nos queda por conocer la cara oculta y los enigmas y misterios que guardan. Y lo más chocante en todo esto es que ni el hombre conoce su propia e íntima realidad. Que un hombre no conozca al que camina a su lado, nos parece natural, pero lo verdaderamente angustioso es que no se conozca a sí mismo. Esto es lo verdaderamente angustioso y al mismo tiempo fascinante.

Aquel filósofo de la antigüedad, que se llamó Sócrates, puso por fundamento de toda su filosofía un principio que ha llegado hasta nosotros con toda la frescura de su inalterable verdad: «Conócete a ti mismo». Tú sí que sabes, diríamos ahora: aunque él mismo dijera de sí que «sólo sé que no sé nada». Y es que cuando el hombre se conozca a sí mismo en toda su identidad, habrá logrado el mayor de los descubrimientos, el que hoy por hoy todavía se le oculta en la noche del misterio. Todavía me atrevo a decir algo más; habrá encontrado el camino seguro para ampliar y profundizar en el conocimiento de Dios. De esto estoy absolutamente convencido.

Sabemos por la Biblia, que es palabra de Dios, que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios. Afirmar esto equivale a decir que todo hombre es un retrato de Dios y que el total de los hombres que hoy poblamos el planeta Tierra (siete mil millones) somos esa imagen y semejanza, en algunos casos borrosa, pero fácilmente reconocible. ¡No me digan que esto no es maravilloso! Conocer al hombre es un buen camino para profundizar en el conocimiento de Dios; como conocer a Dios nos ayuda a conocer mejor al hombre.

(Continúa el próximo mes)

ANOTACIONES LITÚRGICAS

Selección a cargo de *Luis García Gutiérrez*

SIEMPRE TENEMOS ALGO QUE CELEBRAR

La necesidad de celebrar es algo connatural al hombre. Porque en la celebración alimentamos nuestra memoria, al recordar los grandes eventos del pasado, los que nos han configurado como pueblo y como personas. En la celebración ahondamos en nuestras raíces y recomponemos el núcleo de nuestra propia identidad.

En la celebración, además, espoleamos nuestra esperanza. Porque la fiesta nos hace soñar e imaginar tiempos nuevos, futuros maravillosos; la fiesta nos permite también experimentar con nuestros gestos rituales, con nuestras danzas, con nuestro júbilo y nuestros cantos, la riqueza indescriptible de ese futuro que soñamos. Por eso la experiencia de la fiesta alimenta nuestra esperanza, y nuestros anhelos imparables, y nuestra lucha solidaria por alcanzar nuevas metas, nuevos modos de existencia. Porque la experiencia festiva del futuro es siempre un acicate para la lucha.

Por todo ello estoy convencido de que la fiesta es un estímulo para la memoria, para la imaginación y para la esperanza. Porque los pueblos, los grupos humanos y las comunidades, siempre han tenido algo que celebrar. Esto lo demuestra hasta la saciedad la historia de las religiones. Celebramos el rodar de las estaciones: los rigores del invierno, cuando se recogen las olivas y comienza a ser más larga la claridad del sol; el reverdecer de la vida y de las plantas en primavera; el tiempo del estío, el de la cosecha, cuando se recogen las mieses y los frutos del campo; el tiempo del ocaso, del otoño, cuando caen las hojas marchitas de los árboles, cuando se almacena el vino en las bodegas. Nuestros antepasados, los que vivieron en el campo o entre las montañas, entendieron esto mejor que nosotros.

También los acontecimientos de la vida, los que han ido tejiendo nuestra historia personal y comunitaria, constituyen un motivo importante para celebrar y hacer fiesta. Celebramos el nacimiento de nuestros hijos y el aniversario de esos eventos, que salpica las

fechas del calendario; celebramos y conmemoramos el día de nuestro enlace matrimonial, cuando iniciamos una nueva vida en pareja; celebramos los aniversarios de nuestros padres y abuelos. Estas celebraciones conmemorativas nos llenan de emoción y de alegría. Hay otras celebraciones, sin embargo, que llenan nuestro corazón de tristeza y de luto. Me refiero a la muerte de nuestros seres queridos y al aniversario en que conmemoramos esos acontecimientos luctuosos. También estos eventos, que llenan nuestro corazón de tristeza, son objeto de celebración.

En el mundo de lo religioso también tenemos importantes motivos para celebrar. Los cristianos, al reunirnos para hacer fiesta, no celebramos ideas sublimes o las grandes expresiones del pensamiento filosófico. **Desde el principio, los cristianos nos hemos reunido para celebrar el triunfo de Jesús sobre la muerte, su triunfo sobre el mal y la injusticia, su resurrección gloriosa y su vuelta al Padre.** Porque sabemos que Él, a través del acontecimiento pascual, se ha constituido en el hombre nuevo, en el primogénito de muchos hermanos, en la primicia de una humanidad regenerada y salvada. Por encima de todo, eso es lo que celebramos.

Ahí está el motivo de nuestra alegría y de nuestra acción de gracias. Ahí se condensan todas las razones que nos urgen a reunirnos, a cantar y dar gracias, a celebrar que en Él, en el Jesús triunfador, la humanidad ha sido salvada. La eucaristía que celebramos cada domingo nos sumerge en el proceso de regeneración pascual, enraizado e iniciado en Cristo, y convertido para nosotros en motor de la historia. Porque nuestra fe en Cristo y nuestra incorporación a su pascua nos introduce en el gran proceso de liberación pascual, comprometidos en la realización de la gran utopía del Reino.

Texto de José Manuel Bernal





José Luis Martín Descalzo

Artículo publicado en el libro «RAZONES PARA VIVIR», editado por Ediciones Sígueme, dentro de la colección Nueva Alianza. Este libro es parte de una serie compuesta de cinco títulos: «Razones para la esperanza», «Razones desde la otra orilla», «Razones para el amor» y «Razones para la alegría» que recopilan sus artículos publicados en el diario ABC.

LOS PEQUEÑOS DETALLES

Cuanto más avanzo por la vida más me convengo de que la felicidad de los humanos está compuesta, más que por grandes golpes de alegría, por pequeños gestos o detalles de amor o de belleza bien saboreados. Si yo tuviera que medir la temperatura de felicidad del universo por la correspondencia que recibo, concluiría fácilmente que la amargura pesa más que el gozo. Pero me pregunto: ¿Es que los desgraciados son más que los felices? ¿O no será que el hombre dolorido tiende más a expresar su dolor y a pedir ayuda que el feliz a comunicar su gozo?

Hay una señora que hoy me escribe porque —dice— «como supongo que recibirá usted muchas más cartas de personas angustiadas y desesperadas, planteándole problemas que encogerán su corazón, yo quiero que, al menos la mía, sea un canto de felicidad».

¿Es que a esta señora le va todo bien en la vida: salud, dinero, compañía, éxito, futuro prometedor? No. Tiene setenta y ocho años. Es soltera (aunque la hubiera gustado casarse y tener hijos, ya que cree apasionadamente en la familia y el matrimonio). Vive ahora sola, con mediana salud, acompañándose de un bastón para andar. Ha ido perdiendo a lo largo de los años a casi todos sus seres queridos. Y en realidad, con la única fuerza con la que cuenta es con la fe, que es para ella «una riqueza inapreciable». Y, con la fe, una manera gozosa de entender el mundo, una tendencia como espontánea a recordar lo bueno y olvidar lo malo, y a sacarle jugo de entusiasmo a las pequeñas cosas de la vida.

Por ejemplo, hace unos domingos vivió una pequeñísima experiencia que llenó de gozo su corazón durante veinticuatro

horas y que aún le ha dejado un maravilloso regusto en los labios. Resulta que siendo adolescente, casi niña, antes de la guerra, iba con otras compañeras de colegio a dar catequesis en una parroquia. Allí, entre los niños, había uno de seis añitos «que era una monada». Este niño es hoy un anciano, tiene nietos. Pues bien, ese domingo, cuando mi amiga regresaba de comulgar, se cruzó en la fila con ese mismo anciano con el que hacía años no había vuelto a hablar. Él la miró, reconociéndola y durante unas décimas de segundo cogió y apretó cariñosamente su brazo. No se dijeron palabra. Sólo se sonrieron, pero aquella centésima de segundo llenó de felicidad todo el día de mi amiga, que aún paladea aquel breve encuentro, tras el cual no ocurrió nada más, pero que fue igualmente milagroso.

Es, dice mi amiga, «la felicidad de las pequeñas cosas». Unas pocas así cada año son suficientes para llenar un corazón.

Claro que es muy difícil hacer bien un pequeño gesto de amor y mucho más difícil saber entenderlo y degustarlo. Arturo Rubinstein, el gran pianista, explicaba en cierta ocasión que quienes no saben tocar el piano «no conocerán nunca la energía y el trabajo que hay que desarrollar en los pianísimos». Un buen silencio es siempre más difícil que un buen sonido y amar sin estridencias es mucho más arduo que lo que la gente llama «hacer el amor». Todo verdadero amante sabe que lo mejor de su historia de amor fueron siempre, precisamente, esas pequeñas cosas «intranscendentes» que habrían pasado inadvertidas para quienes no supieron preparar su paladar: aquella sonrisa, aquel tono de voz con la que se dijeron aquella tarde las palabras de siempre, aquel apretón de manos..., es decir, todas esas cosas fundamentalísimas que la mayoría acaba dejando de hacer como secundarias, pero que son el mejor juego de la vida humana.



Vigilias de las Secciones Adoradoras

MES DE FEBRERO

TURNO-DÍA	TITULAR DEL TURNO	INTENCIONES
1	CORPUS CHRISTI	Por el turno
2	VIRGEN DEL CAMINO	
3	SAN ISIDORO	Por el turno
4	INMACULDA CONCEPCIÓN Y SAN FROILÁN	Por el turno
5	SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS	
6	SAN PASCUAL BAILÓN Y NTRA. MADRE DEL BUEN CONSEJO	Por el turno
7	NTRA. SRA. DEL CAMEN Y SAN VALENTÍN	
8	SAN FERNANDO	
9	SAGRADA FAMILIA	Por el turno
10	NTRA. SRA. DE LORETO Y SAN JOSÉ	
11	SAN IGNACIO	Por el turno
12	NTRA. SRA. DEL PILAR	Por el turno
13	SAN MARCELO	
14	SAN PÍO X	
15	NTRA. SRA. DE COVADONGA Y SAN VICENTE DE PAÚL	
16	SAN JUAN EVANGELISTA	Por el turno
17	SANTA NONIA	Por el turno
18	SAN JUAN DE SAHAGÚN	Por el turno
19	SAN FRANCISCO DE ASÍS	Por el turno
20	SAN PABLO APÓSTOL	
21	SAN CLAUDIO	Por el turno
22	SAN JOSÉ DE CALASANZ	Por el turno
23	SANTIAGO APÓSTOL	
24	SANTO MARTINO	
25	SANTO TOMÁS DE AQUINO	
26	SAN MARTÍN OBISPO	
27	SAN JUAN BOSCO	
28	JESÚS DIVINO OBRERO	
29	SAN LUIS GONZAGA	Por el turno
30	NTR. PADRE JESÚS SACRAMENTADO	Por el turno

As Nocturnas de la Diócesis de León

ERO DE 2013

SECCIÓN	DÍA	INTENCIONES
BOÑAR TURNO 1º: «SAN PEDRO APÓTOL»	9	Por la Sección
CISTERNA TURNO 1º: «SAN GUILLERMO»	9	Por la Sección
VILLAQUEJIDA TURNO 1º: «SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO»	28	Por la Sección
SAN MARTÍN DEL CAMINO TURNO 1º: «SAN JOSÉ»	9	Por la Sección
VILLADANGOS DEL PÁRAMO TURNO 1º: «SAN ISIDRO LABRADOR»	16	
SAN CIPRIANO DEL CONDADO TURNO 1º: «SAN CIPRIANO»	23	Por la Sección
SAN JUSTO DE LOS OTEROS TURNO 1º: «SAN ISIDRO LABRADOR»	22	Por la Sección
SAHAGÚN TURNO 1º: «SAN JUAN DE SAHAGÚN»	22	Por la Sección
CARRIZO DE LA RIBERA TURNO 1º: «SAN ANDRÉS»	22	Por la Sección

LECTURAS DEL MANUAL DE LA ADORACIÓN NOCTURNA PARA EL MES DE FEBRERO

DÍA	REZO	PÁGINA
1	III semana del Tiempo Ordinario. Domingo III.	131
2	IV semana del Tiempo Ordinario. Domingo IV.	171
9	V semana del Tiempo Ordinario. Domingo I.	47
13-29	Tiempo de Cuaresma.	363

Como final de la vigilia, todos juntos, rezarán LAUDES y, para terminar, se cantará o rezará la SALVE en la capilla de la Virgen, finalizando con la despedida habitual.





Noticuario de la Obra



VIGILIA DE HONORARIOS

La Vigilia mensual correspondiente al mes de **febrero**, tendrá lugar el **tercer jueves, día 21**, en la **capilla de Santo Martino** de la Real Colegiata Basílica de San Isidoro, a las cinco de la tarde. Presidirá la Eucaristía el Rvdo. **Sr. D. Telmo Díez Villarroel**, Capellán de Honorarios.

CONSEJO DIOCESANO

El Consejo Diocesano se reunirá en la Sala de Guardia el martes **día 5 de marzo** a las **18:00**.

ORACIÓN ANTE EL SAGRARIO

El **jueves día 7 de marzo a las 21:15**, en la Capilla de Santo Martino de la Real Colegiata Basílica de San Isidoro, la Vocalía de Juventud del Consejo Diocesano de ANE celebrará un encuentro juvenil que consiste en una «Oración ante el Sagrario».

A ella se invita a todos los jóvenes de León, que deseen acompañar a los adoradores en esta celebración.

ASAMBLEA GENERAL ORDINARIA

El Consejo Diocesano convoca a todos los adoradores y adoradoras a la Asamblea General Ordinaria de la Adoración Nocturna Española de León, que tendrá lugar en la Casa de Espiritualidad de la Real Colegiata Basílica de San Isidoro, a las **10:30 del domingo 24 de febrero de 2013**.

Animamos a todos los adoradores a que asistan a esta Asamblea General dada la importancia de los temas a tratar.

OREMOS POR NUESTROS HERMANOS DIFUNTOS



Si creemos que Jesús ha muerto y ha resucitado, del mismo modo a los que han muerto en Jesús, Dios los llevará con Él.

FUERON LLAMADOS AL SENO DEL PADRE

El día 29 de diciembre, en León, **D. Eulogio Blanco Fernández**, adorador activo del turno 24, veterano con 224 viglias.

El día 1 de enero, en León, **D. Inocencio Santos Falagán**, hermano del adorador activo y Jefe del turno 15, **D. Julio Santos Falagán**.



AGENDA ISIDORIANA

- **Día 10, 11 y 12 de febrero. Triduo en reparación por las ofensas** organizado por Guardia y Oración. Eucaristía: 19:30 h (día 10), 18:30 h (días 11 y 12).
- **Día 13 de febrero. Miércoles de ceniza.**

OBITUARIO

Antonio Viñayo González



Mons. D. Antonio Viñayo González, ingresó en la Adoración Nocturna Española en el turno 15 el 1 de enero de 1958, pasando después al 24, llegó a veterano constante de asistencia ejemplar el 8 de junio de 1996. El 24 de mayo de 2000 pasó a honorario con 553 vigiliass.

«ENTRA EN EL GOZO DE TU SEÑOR»

Con esta vibrante afirmación de fe celebramos, el día 14 del pasado mes de diciembre, la Pascua cristiana de Don Antonio Viñayo, su “Paso” a la casa del Padre.

Nuestra experiencia creyente nos regala la esperanza cierta de que Dios, fuente de la vida, no puede dejar en las sombras de la muerte a los que Él llamó como destinatarios de su Amor.

¡Cuántas veces repetiría D. Antonio, en sus numerosas horas de Adorador, aquella respuesta confiada de quienes han experimentado el Amor de Dios!: «Señor, tú sabes que te quiero».

Por ello, nuestra fe nos asegura que nuestro hermano sigue vivo en la memoria amorosa de Dios, que su nombre está inscrito en el Cielo; más aún, que está grabado en el corazón del Padre.

Muchas son las huellas que dejó marcadas D. Antonio en la historia de León y más en concreto en esta Real Colegiata de San Isidoro. Huellas que han de ser recordadas con cariño y fidelidad.

Su vida ejemplar y su extensa obra merecen ser contadas con generosidad y amplitud; pero desbordan los límites de lo que quiere ser esta sencilla semblanza.

Esta breve reseña sólo quiere poner de relieve el perfil de D. Antonio como Adorador del Santísimo Sacramento, para que su testimonio permanezca vivo entre nosotros y sirva de estímulo para que los adoradores sigamos sus huellas.

Estoy convencido que el motor que impulsó su actividad humana y sacerdotal fue su amor a Jesús Sacramentado, y que la fuente donde alimentó su sabiduría fue la Eucaristía.

Nos basta evocar algunos signos que manifiestan y verifican la principal actividad de su vida como Sacerdote, Prior y Abad de la Basílica de San Isidoro:

- Su despertar cada mañana, no sólo el corazón, sino su persona entera, se dirigía al Coro de la Basílica, para contemplar al Amor de los Amores y ofrecerle los afanes del nuevo día.
- En el corazón de la jornada, al mediodía, dejaba cualquier ocupación, para saborear de nuevo su encuentro de amistad con

Jesús Sacramentado.

- Y, en las manos del Señor Sacramentado, dejaba sus afanes, trabajos y experiencias al final de cada día.
- También mantuvo encendido su amor a la Eucaristía durante la noche, como Capellán del turno veinticuatro, desde su fundación.
- Estoy seguro que su último “suspiro” (vivió con plena conciencia hasta el final de su vida terrena), fue un grito de alabanza a Jesús Sacramentado.

Su ferviente amor a la Eucaristía no se agota en estas manifestaciones personales como “Adorador”.

Cuando el amor de Dios penetra en el corazón de la persona derriba barreras y busca hacer nuevos amigos de Jesús Sacramentado.

Esta fue la gran tarea que emprendió D. Antonio en el año 1956, al asumir su responsabilidad como Prior del nuevo Cabildo Isidoriano; puso su centro de atención en el culto eucarístico. Le fueron confiados cinco turnos de adoradores y antes de cuatro años, en 1960, eran ya más de quinientos adoradores distribuidos en treinta turnos, uno para cada noche del mes...

La participación de los fieles laicos, promovida con fuerza por el Concilio Vaticano II, alentó el culto eucarístico y dio lugar a la creación de la Adoración Nocturna Femenina en León, el día 12 de enero de 1985.

En un momento providencial, el que fuera Obispo de esta Diócesis Dr. D. Luis Almarcha, de feliz memoria, promovió la fundación del Instituto Sacerdotal Isidoriano, con la finalidad de «vivificar y actualizar la espiritualidad eucarística» en la Basílica. Para dar forma e infundir vitalidad a esta original institución, se entregó Don Antonio en cuerpo y alma, con toda la ilusión, animado por los demás miembros del Cabildo.

La Basílica de San Isidoro fue el centro del VI Congreso Eucarístico Nacional celebrado en el año 1964. Por encomienda del Obispo Diocesano, fue D. Antonio el principal impulsor de su organización y desarrollo. Con frecuencia se actualiza el fervor desbordante de este acontecimiento con el Himno eucarístico: «Arde en León el Sol de Cristo vivo...».

Asociaciones eucarísticas de larga tradición eucarística: Guardia y Oración y Apostolado de la Oración, encontraron en D. Antonio el mejor de los consejeros y el mayor de los apoyos.

Tenemos la segura esperanza de que contempla “cara a cara” el Rostro de Cristo en el Cielo el que en la tierra lo vislumbró oculto en los velos eucarísticos, y goza de la posesión de Dios que degustó a lo largo de toda su vida sacerdotal.

Pascual Díez Escanciano
Capellán del turno 24

950 aniversario de la traslación de las reliquias de San Isidoro

Salvador Rus Rufino

SAN ISIDORO: FIGURA HISTÓRICA

A lo largo de este año 2013 publicaremos todos los meses en *Lábaro* una serie de artículos que tienen como finalidad acercar y dar a conocer a los lectores y adoradores nocturnos la figura de San Isidoro, Obispo de Sevilla, titular de la Real Colegiata que lleva su nombre en León. Este año se conmemoran el 950º aniversario de la traslación de los restos mortales del santo y sabio hispalense a nuestra ciudad, donde reposan y son venerados desde entonces y constituyen parte del patrimonio y de la identidad de los leoneses.



San Isidoro y San Leandro

Este año se conmemoran el 950º aniversario de la traslación de los restos mortales del santo y sabio hispalense a nuestra ciudad, donde reposan y son venerados desde entonces y constituyen parte del patrimonio y de la identidad de los leoneses.

San Isidoro fue un escritor admirado, leído, comentado, sus textos se copiaron y circularon como manuscritos por toda la Cristiandad. Pero no tuvo un biográfico en la Antigüedad.

Por esta razón, Lucas de Tuy, canónigo regular de San Isidoro de León y Obispo de Tuy, se esforzó por difundir su perfil tanto humano como sobrenatural, y escribió la obra *De Miraculis Sancti Isidori* (Sobre los milagros de San Isidoro), donde dice que San Isidoro era la gran estrella —como la que siguieron los Reyes Magos para encontrar al Jesús recién nacido— que resplandece, que ilumina lo oscuro y convierte en agua pura y cristalina todo lo que era turbio y difícil de comprender. Es la luz que resplandece en medio de la densa niebla de la herejía arriana (el mismo Lucas de Tuy tuvo que combatir la herejía albigense y escribió su obra *De altera vita fideique controversiis aduersus Albigensium errores libri III* de 1235), demostrando con su sabiduría que Cristo fue nuestro redentor y una de las tres personas de la Santísima Trinidad.

Esta visión hagiográfica de Lucas de Tuy quedaría incompleta sin los datos históricos que tenemos de él. San Isidoro perteneció a una noble estirpe, nació sobre el año 556, siendo Papa Pelagio I, Emperador Justiniano y rey Atanagildo. Unos dicen que vino al mundo en Cartagena, porque de allí era su familia. Otros que en Sevilla. Lo cierto es que sus padres Severiano y Teodora se vieron obligados a dejar las tierras de Levante ante la invasión bizantina. En las orillas del Betis —el río Guadalquivir— una vez asentada la familia, su madre abrazó el catolicismo. Sus cuatro hermanos —él era el tercero— Leandro, antecesor suyo en la sede de Sevilla, Fulgencio obispo de Cartagena y Écija y

Florentina que fue abadesa en muchos monasterios, fueron canonizados y forman lo que se llama como los Cuatro Santos de Cartagena. Su hermana Teodosia fue la primera esposa del rey Leovigildo, y madre de San Hermenegildo, que fue martirizado, y de Recaredo, que sucedería a su padre en el trono. San Isidoro fue hijo, hermano y tío de grandes personajes de la Iglesia y del Reino Visigodo. A esta condición social y familiar unió su sabiduría, prudencia, capacidad de trabajo y santidad formando a un hombre irrepetible y excepcional.

Comenzó su formación estudiando las primeras letras bajo la custodia y supervisión de su hermano Leandro, en la escuela catedralicia. Allí aprendió latín, griego y hebreo, leyó a San Agustín y a San Gregorio Magno, matemáticas, filosofía y teología, para sus biógrafos «era tanta la sutileza clarísima de su ingenio en comprender y la suave elegancia de sus palabras en explicar, que todos le oían con admiración, le buscaban con ansias, amable ternura y cada uno le deseaba suyo». A pesar de que estas cualidades naturales le permitían aprender con facilidad, siempre aspiraba y se esforzaba por saber más y ayudar a otros a aprender. Se hizo religioso de la misma orden que Leandro.

Con el tiempo el joven Isidoro siguió la estela de su hermano mayor, será monje, abad, maestro, obispo y metropolitano. Desde sus cargos dispone y ordena, enseña y lee infatigablemente. Busca textos, libros clásicos, conoce a los Padres de la Iglesia, el derecho, las ciencias y la filosofía. Para él un libro nuevo era un don de Dios que le ayuda a explicar la sabiduría clásica a sus hermanos en la orden, a los fieles, a todos sus discípulos que a veces sentían miedo ante el saber clásico.

San Isidoro, en la sede Bética, pronto se convirtió en una estrella que resplandecía por sus buenas obras, en su predicación, con diligente acción pastoral. Fue la luz que tornaba claro y sencillo los oscuros pasajes de las Sagradas Escrituras y mostraba el calor de su celo apostólico con el que alumbraba y enseñaba la doctrina de la Iglesia.

Lo que más ha llamado la atención de todas las generaciones ha sido la amplitud y la profundidad de sus conocimientos. Fue un sabio abastecido de todas las ciencias, lleno de gracia, elocuencia y capacidad para escribirlas, exponerlas y enseñarlas. Pero, además, fue ejemplar arzobispo porque siempre estuvo atento a mantener rectitud doctrinal, a orientar a las almas, a legislar tanto para la vida diocesana como la monástica, fue maestro y consejero de príncipes y reyes. Se puede considerar primado porque asumió la tarea de guiar a todos con sus dictámenes, presidiendo concilios y consistorios. Ejerció como patrón porque protegió a todos los cristianos de los peligros espirituales y doctrinales que les acechaban. Y, en fin, es doctor, esto es más que sabio porque enseñó y difundió en sus escritos la recta doctrina ilustrando, informando y dando nueva vida a todo género de saber y enseñanza subordinada a la salvación de las almas, al desarrollo de su patria y al fortalecimiento de la Iglesia.

REVITALIZAR NUESTRA FE

Los cristianos, y los adoradores muy especialmente, debemos vivir profundamente nuestra fe; pero además de vivirla hemos de conocerla, reflexionarla y saberla defender. Presentamos una parte del Catecismo y de nuestro Reglamento con el fin de que cada uno de nosotros lo leamos y meditemos sobre ello.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

¿Por qué afirmamos que no hay contradicción entre la fe y la ciencia?

Aunque la fe supera a la razón, no puede nunca haber contradicción entre la fe y la ciencia, ya que ambas tienen su origen en Dios. Es Dios mismo quien da al hombre tanto la luz de la razón como la fe.

«Cree para comprender y comprende para creer.» (San Agustín)

(CEC 159)

“La fe supera la razón”: con la fe se pueden afirmar cosas sobre Dios que es imposible deducir con las solas fuerzas de la razón humana. Además, la fe es capaz de fundar más fuertemente la vida humana que si se plantea este fundamento sólo con la razón.

REGLAMENTO DE LA ADORACIÓN NOCTURNA ESPAÑOLA DE LA DIÓCESIS DE LEÓN

Art. 13 – Los títulos enumerados en el artículo precedente no confieren a sus poseedores ninguna categoría especial dentro de la Adoración Nocturna, constituyendo simplemente un reconocimiento del cumplimiento de sus deberes como adoradores y se interpretarán como estímulo para superarse en el cumplimiento de los mismos, y ser un ejemplo de fortaleza y perseverancia para los nuevos adoradores.



AÑO DE LA FE



LA FE, ENCUENTRO CON EL TÚ DE DIOS

Catequesis ofrecida por el Papa Benedicto XVI en la audiencia general del día 24 de octubre de 2012, en la Plaza de San Pedro.

[...] Y hoy desearía reflexionar con vosotros sobre una cuestión fundamental: ¿qué es la fe? ¿Tiene aún sentido la fe en un mundo donde ciencia y técnica han abierto horizontes hasta hace poco impensables? ¿Qué significa creer hoy? De hecho en nuestro tiempo es necesaria una renovada educación en la fe, que comprenda ciertamente un conocimiento de sus verdades y de los acontecimientos de la salvación, pero que sobre todo nazca de un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo, de amarle, de confiar en Él, de forma que toda la vida esté involucrada en ello.

Hoy, junto a tantos signos de bien, crece a nuestro alrededor también cierto desierto espiritual. A veces se tiene la sensación, por determinados sucesos de los que tenemos noticia todos los días, de que el mundo no se encamina hacia la construcción de una comunidad más fraterna y más pacífica; las ideas mismas de progreso y bienestar muestran igualmente sus sombras. A pesar de la grandeza de los descubrimientos de la ciencia y de los éxitos de la técnica, hoy el hombre no parece que sea verdaderamente más libre, más humano; persisten muchas formas de explotación, manipulación, violencia, vejación, injusticia... [...] Por otro lado crece también el número de cuantos se sienten desorientados y, buscando ir más allá de una visión sólo horizontal de la realidad, están disponibles para creer en cualquier cosa. En este contexto vuelven a emerger algunas preguntas fundamentales, que son mucho más concretas de lo que parecen a primera vista: ¿qué sentido tiene vivir? ¿Hay un futuro para el hombre, para nosotros y para las nuevas generaciones? ¿En qué dirección orientar las elecciones de nuestra libertad para un resultado bueno y feliz de la vida? ¿Qué nos espera tras el umbral de la muerte?

[...] El pan material no es lo único que necesitamos; tenemos necesidad de amor, de significado y de esperanza, de un fundamento seguro, de un terreno sólido que nos ayude a vivir con un sentido auténtico también en la crisis, las oscuridades, las dificultades y los problemas cotidianos. La fe nos dona precisamente esto: es un confiado entregarse a un «Tú» que es Dios, quien me da una certeza distinta, pero no menos sólida que la que me llega del cálculo exacto o de la ciencia. La fe no es un simple asentimiento intelectual del hombre a las verdades

particulares sobre Dios; es un acto con el que me confío libremente a un Dios que es Padre y me ama; es adhesión a un «Tú» que me dona esperanza y confianza. Ciertamente, esta adhesión a Dios no carece de contenidos: con ella somos conscientes de que Dios mismo se ha mostrado a nosotros en Cristo; ha dado a ver su rostro y se ha hecho realmente cercano a cada uno de nosotros.

Es más, Dios ha revelado que su amor hacia el hombre, hacia cada uno de nosotros, es sin medida: en la Cruz, Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre, nos muestra en el modo más luminoso hasta qué punto llega este amor, hasta el don de sí mismo, hasta el sacrificio total. Con el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, Dios desciende hasta el fondo de nuestra humanidad para volver a llevarla a Él, para elevarla a su alteza. La fe es creer en este amor de Dios que no decae frente a la maldad del hombre, frente al mal y la muerte, sino que es capaz de transformar toda forma de esclavitud, donando la posibilidad de la salvación. Tener fe, entonces, es encontrar a este «Tú», Dios, que me sostiene y me concede la promesa de un amor indestructible que no sólo aspira a la eternidad, sino que la dona; es confiarme a Dios con la actitud del niño, quien sabe bien que todas sus dificultades, todos sus problemas están asegurados en el «tú» de la madre. Y esta posibilidad de salvación a través de la fe es un don que Dios ofrece a todos los hombres. Pienso que deberíamos meditar con mayor frecuencia —en nuestra vida cotidiana, caracterizada por problemas y situaciones a veces dramáticas— en el hecho de que creer cristianamente significa este abandonarme con confianza en el sentido profundo que me sostiene a mí y al mundo, ese sentido que nosotros no tenemos capacidad de darnos, sino sólo de recibir como don, y que es el fundamento sobre el que podemos vivir sin miedo. Y esta certeza liberadora y tranquilizadora de la fe debemos ser capaces de anunciarla con la palabra y mostrarla con nuestra vida de cristianos.

Con todo, a nuestro alrededor vemos cada día que muchos permanecen indiferentes o rechazan acoger este anuncio. [...] La confianza en la acción del Espíritu Santo nos debe impulsar siempre a ir y predicar el Evangelio, al valiente testimonio de la fe; pero, además de la posibilidad de una respuesta positiva al don de la fe, existe también el riesgo del rechazo del Evangelio, de la no acogida del encuentro vital con Cristo. Ya San Agustín planteaba este problema en un comentario suyo a la parábola del sembrador: «Nosotros hablamos —decía—, echamos la semilla, esparcimos la semilla. Hay quienes desprecian, quienes reprochan, quienes ridiculizan. Si tememos a estos, ya no tenemos nada que sembrar y el día de la siega nos quedaremos sin cosecha. Por ello venga la semilla de la tierra buena» (Discursos sobre la disciplina cristiana, 13,14: PL 40, 677-678). El rechazo, por lo tanto, no puede desalentarnos. Como cristianos somos testigos de este terreno fértil: nuestra fe, aún con nuestras limitaciones, muestra que existe la tierra buena, donde la semilla de la Palabra de Dios produce frutos abundantes

de justicia, de paz y de amor, de nueva humanidad, de salvación. Y toda la historia de la Iglesia con todos los problemas demuestra también que existe la tierra buena, existe la semilla buena, y da fruto.

Pero preguntémosnos: ¿de dónde obtiene el hombre esa apertura del corazón y de la mente para creer en el Dios que se ha hecho visible en Jesucristo muerto y resucitado, para acoger su salvación, de forma que Él y su Evangelio sean la guía y la luz de la existencia? Respuesta: nosotros podemos creer en Dios porque Él se acerca a nosotros y nos toca, porque el Espíritu Santo, don del Resucitado, nos hace capaces de acoger al Dios viviente. Así pues la fe es ante todo un don sobrenatural, un don de Dios. El Concilio Vaticano II afirma: «Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede “a todos gusto en aceptar y creer la verdad”» (Const. dogm. *Dei Verbum*, 5). En la base de nuestro camino de fe está el bautismo, el sacramento que nos dona el Espíritu Santo, convirtiéndonos en hijos de Dios en Cristo, y marca la entrada en la comunidad de fe, en la Iglesia: no se cree por uno mismo, sin el prevenir de la gracia del Espíritu; y no se cree solos, sino junto a los hermanos. Del bautismo en adelante cada creyente está llamado a revivir y hacer propia esta confesión de fe junto a los hermanos.

La fe es don de Dios, pero es también acto profundamente libre y humano. El Catecismo de la Iglesia Católica lo dice con claridad: «Sólo es posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo. Pero no es menos cierto que creer es un acto auténticamente humano. No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre» (n. 154). Es más, las implica y exalta en una apuesta de vida que es como un éxodo, salir de uno mismo, de las propias seguridades, de los propios esquemas mentales, para confiarse a la acción de Dios que nos indica su camino para conseguir la verdadera libertad, nuestra identidad humana, la alegría verdadera del corazón, la paz con todos. Creer es fiarse con toda libertad y con alegría del proyecto providencial de Dios sobre la historia, como hizo el patriarca Abrahán, como hizo María de Nazaret. Así pues la fe es un asentimiento con el que nuestra mente y nuestro corazón dicen su «sí» a Dios, confesando que Jesús es el Señor. Y este «sí» transforma la vida, le abre el camino hacia una plenitud de significado, la hace nueva, rica de alegría y de esperanza fiable.

Queridos amigos: nuestro tiempo requiere cristianos que hayan sido aferrados por Cristo, que crezcan en la fe gracias a la familiaridad con la Sagrada Escritura y los sacramentos. Personas que sean casi un libro abierto que narra la experiencia de la vida nueva en el Espíritu, la presencia de ese Dios que nos sostiene en el camino y nos abre hacia la vida que jamás tendrá fin. Gracias.

ESTADÍSTICA DE DICIEMBRE DE 2012

TURNO	CITADOS	ASISTIERON	FALTARON	PORCENTAJE ASISTENCIA	CUMPLIERON LA VIGILIA EN OTRO TURNO O SECCIÓN	
					ADORADORES	TURNO O SECCIÓN
1	3	3		100,00		
2	7	7		100,00		
4	9	9		100,00	1	8
14	5	5		100,00		
15	6	6		100,00	1	26
21	5	5		100,00		
26	6	6		100,00	1	29
28	11	11		100,00	2	27
9	16	15	1	93,75		
18	14	13	1	92,86	1	5
22	12	11	1	91,67	2	13 y 28
27	10	9	1	90,00		
12	17	15	2	88,24	1	1
20	14	12	2	85,71	1	15
10	13	11	2	84,62	3	9 y 15
13	6	5	1	83,33		
19	18	15	3	83,33		
3	11	9	2	81,82	1	29
5	5	4	1	80,00		
11	8	6	2	75,00		
6	11	8	3	72,73		
7	11	8	3	72,73		
23	7	5	2	71,43		
29	7	5	2	71,43	1	28
8	20	14	6	70,00	1	15
16	21	12	9	57,14		
17	16	9	7	56,25	2	26
25	15	7	8	46,67	1	13
30	7	3	4	42,86	1	21
24	14	5	9	35,71	1	7
Totales:	325	253	72	77,85	21	—

ALTAS: Turno 19: 2.059
 Turno 22: 2.060